

www.elboomeran.com

Richard Stern

Las hijas de otros hombres

Traducción del inglés
de Laura Salas

 Siruela

Nuevos Tiempos

PRIMERA PARTE

Uno

La casa de los Merriwether —como siempre la había conocido el vecindario durante sus más de noventa años de antigüedad— queda a tres minutos a pie de Harvard Square. Es la segunda entrando por la esquina sudoeste de Acorn Street —a casi cien metros de la intersección entre Ash y Hawthorne Street—; una casa de madera, con tejado a dos aguas y ventanas en voladizo. «Color otoño», decía uno de los niños Merriwether. Cuenta con tres plantas semiocultas tras una enorme acacia plantada en un minúsculo óvalo de césped; en su escaso metro cuadrado de tierra renovable se daban gran cantidad de diálogos cotidianos entre los Merriwether: «El árbol se está quedando sin hojas». «Toca cortar de nuevo el césped». (Cortarlo llevaba sesenta segundos). «Tienes la bicicleta en el césped».

Un habitante de Manhattan podría pensar que Cambridge es el «campo», pero su esencia es urbana, lo cual significa que todo lo que allí crece lleva la marca de la tolerancia o la ostentación humanas.

Hasta el día en que el señor Merriwether se marchó de casa —un mes después de su divorcio—, los Merriwether parecían una familia serena e ideal. Padres e hijos se reunían con frecuencia en el salón para leer en sus rincones preferidos: Priscilla, junto al resplandor del fuego, y los otros a la luz de viejas lámparas de

bombillas protegidas por pantallas de cristal rosa y ámbar. Con el paso de los años, el calor del fuego había abombado el papel pintado a rayas de la pared, y, junto con otras presiones, había formado bultos en los sillones y sofás de velludillo.

Merriwether llevaba años quejándose de que su esposa Sarah no hubiera remozado la casa de la tía Aggie. Según su opinión, aquello se debía a una forma de indolencia cantabrigense disfrazada de desdén ascético por las comodidades materiales. Aquel platonismo cantabrigense llevaba años uniendo las posaderas de los Merriwether con los muelles de los asientos que deberían servir para su comodidad.

—Diablos, Sarah, ojalá hubiese sillas en condiciones para sentarse.

—Por supuesto, Bobbie.

—Supongo que tendré que salir a comprar yo mismo unas cuantas.

—Pues sería muy práctico.

—Todo lo práctico que tú quieras, pero ¿dónde se compra eso?

—Ya preguntaré.

Una pequeña farsa: Sarah, «la sincera anticuaria de ojos brillantes, agradablemente inútil», y Merriwether, «el incorregible hombre de pensamiento». Dos décadas atrás habían fornicado en un lado de la cama doble mientras la compañera de piso de Sarah fingía dormir en la otra. Incluso entonces, tenían gran parte del mundo en sus mentes más que en comunicación con el otro.

En aquel cálido salón, plateado y lleno de rincones, padres e hijos habían formado una media luna irregular alrededor del fuego. Albie, el mayor, que ha vuelto a casa desde Williams, está estirado en un sofá leyendo los *Discursos* de Maquiavelo. Es corpulento y desgarbado; su rostro es anguloso, con ojos suaves, miopes y de un marrón profundo. En política es conservador —se opone con serenidad a todas las tendencias apreciables—, y sus modales destacan por una oblicua ironía. Priscilla le dice que parece moderno pero apesta a medieval. Priscilla se halla a menos

de un metro del enrejado de la chimenea. Lleva un chaleco de ante verde y unos pantalones que forman anchas campanas alrededor de sus pies desnudos. Las llamas levantan virutas doradas en su largo cabello castaño y chispas doradas en sus ojos verdes. Está leyendo unos folletos sobre fatiga de materiales que le ha enviado la NASA. Ha pasado años manteniendo correspondencia con ellos porque pensaba hacerse astronauta, ha estudiado los ejercicios, las matemáticas y la ingeniería que le indicaban sus especialistas en educación, y, aunque últimamente es la poesía lo que ocupa la mayor parte de su tiempo, tiene la cabeza todavía en órbita.

Junto al retrato del abuelo Tipton está sentada Esmé. A punto de alcanzar una belleza mayor que la de Priscilla, es una tabla alta que termina en botas de presentador de circo. Por los botones desabrochados del escote de una basta camisa azul se distingue un pequeño sujetador. Es más rubia que Priscilla y tiene los rasgos más definidos que ella; también es más soñadora, y está leyendo la revista *Glamour*.

El pequeño, George, tiene un flequillo que le llega hasta las cejas, los ojos azules de su padre y la complexión robusta de su madre. Lápiz en mano, está corrigiendo el manuscrito de un libro infantil escrito por un vecino de los Merriwether que ya ha dedicado un libro «a mi meticuloso crítico, G. M.».

El doctor Merriwether siente allí una seguridad ancestral. Se está bebiendo un chablis del estado de Nueva York mientras lee *Cimbelino*, obra esta que no había vuelto a abrir desde una asignatura de la carrera sobre Shakespeare, unos veinticinco años atrás. El lenguaje complicado y mágico, junto con el vino suave, enriquece la calma. El salón, los chisporroteos del fuego, los minúsculos tintineos y repiqueteos que llegan de la cocina al preparar la cena, y la belleza y seriedad momentánea de sus hijos diluyen la ansiedad que lleva meses atenazándolo. La obra es una tremenda mezcla de extrañeza, precisión, contundencia y circunspección. Trata de la piedra angular de la ética: «La realización de uno mismo pasa por la abnegación». «Quien falta a

la costumbre falta a todo¹», lee. «Pero ¿es cierto?», se pregunta Merriwether. Aquel salón, más lleno de costumbre que de vida, contiene, como un espécimen de microscopio, su propia falta.

«El salón es para el anochecer», decía la tía Aggie Tipton. También la tía Aggie faltó a la costumbre. Vivió treinta años sin casarse con el señor Louden Stonesifer. Aún hay restos de cables, altavoces, timbres y luces de colores adornando la casa; Aggie y él los instalaron para poder comunicarse sin palabras. (Nunca se sabía cuándo te podía dar un infarto y dejarte sin habla).

«Los Merriwether nunca sintieron la necesidad de participar en el producto interior bruto. Ni de dorarle la píldora a la moralidad provinciana», decía la tía Aggie. Con esas ostentosas máximas apoyaba su falta a la vida burguesa de Cambridge; aunque a su sobrino le daba la impresión de que hasta cierto punto tanteaba los límites de la excentricidad permitida.

«Confiad en mí. Dejadme. Solamente me robaré a mí mismo», lee en *Cimbelino*. Si consiguiese que sus hijos lo comprendiesen. Aun mientras piensa: «Estoy en paz, feliz, este es un bonito momento», es consciente de que dentro de cuatro o cinco horas estará en algún lugar de la planta baja donde no puedan oírlo, llamando a la causa de su falta, Cynthia Ryder, una joven por la que está casi dispuesto a abandonar las miles de fórmulas que componen este hermoso momento humano.

«Amor», piensa el doctor Merriwether. Cuántos millares de sentimientos escondía aquella palabra famosa y petrificada, el origen de tanta historia y desorden.

Cuando imparte la asignatura de Introducción a la Fisiología, comienza la clase del siguiente modo:

—Hoy, señoras y señores, vamos a hablar de amor. Es decir, de la distensión de los senos venosos como respuesta a las señales

¹ Esta, como la mayoría de las versiones de citas que aparecen en el volumen, es de la traductora del libro. Cuando no sea así, aparecerá indicado lo contrario. (*Todas las notas son de la traductora.*)

enviadas a través del tercer y cuarto segmento sacro de la médula espinal y del nervio pudendo interno hasta el isquiocavernoso y, además, de las olas propulsivas de contracción en las capas suaves de músculos del conducto deferente, en la vesícula seminal, la próstata y los músculos estriados del perineo que se encargan de la expulsión del semen.

Su seriedad no suscita risas indulgentes con el ingenio pedagógico. Si quiere risas, dirá: «Eso, caballeros, y tal vez damas, es lo que los agita en sus camas. Solos o acompañados».

Sin embargo, normalmente explora problemas entre la mente y el cuerpo, filtros sensoriales periféricos, lesiones de columna, la hinchazón y compresión de las membranas de mielina, así como la fragmentación y desaparición de los cilindros axiales. Pero, en tanto que docente meticuloso, no olvida el amor. (Para los que no tienen la especialidad, es importante aliviar la complejidad técnica con consideraciones más manejables). Cita una definición de John Locke:

—«Cualquiera que reflexione sobre la idea de deleite que un elemento ausente o presente puede provocar en él concibe la idea del amor». Si hay algún filósofo entre ustedes, quizá advierta la distinción entre «deleite», «idea de deleite» y «reflexión sobre la idea de deleite». Creo que después los analistas simplificaron dicho esquema. Freud, por ejemplo, considera el amor una psicosis moderada.

O, si no, el doctor Merriwether varía sus alusiones ornamentales y habla de «los fisiólogos aficionados del amor, como Balzac, Maine de Biran, Rémy de Gourmont y Stendhal. Sospecho que la capacidad de análisis francesa se revela más en su literatura que en su ciencia». En la misma clase magistral saca a relucir la tesis de Sarah sobre el amor cortés. Aquellos mapas aproximados del sentimiento presentaban escasísima correspondencia con los fisiológicos; sin embargo, sin el nervio pudendo interno, la invención del amor no habría suavizado la ferocidad de la vida occidental en el medievo. Sarah argumentaba que el renacimiento de la mujer arrancaba en aquella

desviación de la guerra hacia el amor. (Ahora ella realizaba el trayecto inverso).

En aquellos días lo había cautivado el trabajo de Sarah. Cuando ella terminó los capítulos de su tesis, se los leyó a él. ¿Cómo había aprendido tanto aquella personita enérgica y robusta con cabeza de camafeo? Provenzal, francés antiguo, español. Su ronca vocecilla dejaba escapar aquellos hermosos sonidos de pájaro. Era una voz de Dietrich sin la sexualidad parodiada, que en aquel tocón de muchacha resultaba encantadora.

Él le explicó a su vez sus trabajos. Los ojos de perla negra se iluminaron de entusiasmo: ojalá hubiese estudiado ciencia para poder seguirlo de verdad. ¿Cuánto tardaron en darse cuenta ambos de que no solo no lo seguía sino de que se aburría como una ostra? Sarah abrió una puerta en su interior de la que salió una señoritinga muy dura. La señoritinga dijo: «Hasta aquí hemos llegado. No soy un felpudo. Y tú no eres Einstein». Venus con armadura. Una nueva Sarah que corregía a todo el mundo, que le daba la charla a todo el mundo. Cuando a Priscilla le dio por la poesía francesa, Sarah cogió su tesis y empezó a difundir la palabra de Radcliffe.

—*The Spirit of Romance* no es un libro serio, cariño. Pound era entusiasta y tenía talento, pero no sabía NADA. Se compró una cretomatía y ya pensaba que era culto.

En provenzal, Sarah siempre daba en el blanco; al menos no había nadie alrededor para calificarla. Luego pasaba a la política: nada de «papillas liberales» para ella, por favor; Cambridge era un hervidero de viciosos cabezas huecas, ¿qué sabrían ellos de cómo llevar el mundo? Ella estaba con Bill Buckley (que había salido con su prima cuando estaba en Yale), que prefería que dirigiesen el país las primeras treinta personas de la guía telefónica de Boston que la Facultad de Harvard. Albie sacó la guía.

—Limpiezas Triple A, Emisiones Aamco, Felicia R. Aabse. Suena genial, mamá. ¿A quién ves tú para el Ministerio de Defensa, a Felicia o a los de las limpiezas?

Sarah llevaba meses especializándose en los movimientos de su marido. Clasificaba sus gestos, comprobaba sus facturas, to-

maba nota del traje nuevo, de las corbatas más brillantes, de las nuevas capas del peinado. Hacía quince años que Merriwether no pasaba tanto rato «en el laboratorio». Había una nueva fluidez en su forma de hablar y de vestir, y sin embargo hacía tiempo que él había dejado de pedirle lo que hace aún más tiempo ella empezó a negarle.

Sarah usaba a Albie como arma y fortaleza. Albie, indolente y encantador, aceptaba el flirteo de su madre junto con sus cheques. En sus momentos más crudos, su padre es una táctica conversacional, un telón de fondo para la vaguería. «Papá lo pasa todo por el tubo de ensayo. Hay más cosas en la vida». Lo que hay en su mayor parte es sueño, *touch rugby*, libros de Burke y la *National Review*. Sarah le tomaba el pulso al disgusto silencioso de Merriwether.

—No es para nada aconsejable atosigar a Albie.

—¿Atosigar?

—Se da cuenta de la cara que pones cuando se acuesta tarde.

—Si está acostado no puede verla.

—¿Quieres un debate o que te digan la verdad?

—Sois vosotros los que estáis en posesión de la verdad, Sarah.

Pero lo cierto es que Albie es más feliz en horizontal que en vertical.

—Pues tú estarás bien en vertical, pero a él no lo engañas.

—Estoy en vertical porque tú no me quieres de ninguna otra manera.

Sus ojos negros arden en el rostro pálido. Enfadada se la ve menos regordeta, casi como el camafeo blanco que le había parecido tan hermoso.

—No soy una puta legal.

Cuando volvió de pasar el verano en Francia, se lo contó.

—Pues claro que hay otra persona, Sarah. No soy un cactus. No aguantaba más sin relaciones íntimas. No me quedaba otra.

Evitó decir: «No me has dejado otra». Parte de su miedo y su culpa se habían convertido en lástima. Aun a sus propios ojos, Sarah a menudo parecía la víctima. A pesar de lo dura que era

la vida juntos, la piedad le permitía preocuparse por ella. Había sido tan decente. Era básicamente —significase los que significase aquella palabra (con el tiempo aprendería que había infinitas «cosas básicas» de Sarah y de sí mismo)— decente. Pero aquella mujer que casi nunca había mentido ni engañado y que casi lo más grave que había hecho en su vida había sido no decir toda la verdad ahora se metía en sus archivos, leía su correo y escuchaba sus conversaciones telefónicas.

—¿Te crees que no lo sé? —dijo.

A sus ojos, los vecinos de Cambridge estaban tan sedientos de cotilleo como los iowanos. (Más aún; la fluidez pasiva era un acicate). La propia Sarah cotilleaba poco. Pero desde hacía años llevaba un registro interno de las debilidades de su marido; cada año la ampliaba, cada libro que leía le proporcionaba material nuevo. *La doble hélice*, libro del encantador Jim Watson sobre genética y turismo, fue un hallazgo para ella.

—Nunca tuviste el espíritu libre de Jim. Eres un muermo; vas al laboratorio como un contable a sus cuentas. Sin vitalidad, sin chispa creativa. —Y además carecía de la tenacidad de Jim—. No te veo apeándote de un tren a toda prisa para ir a una librería para empaparte de algo, como hizo él con el *Chemical Bonds* de Pauling en Heffer's.

—Blackwell's.

—Sí, un muermo pedante. Tú te acordarías de que habías quedado para jugar al tenis o para almorzar o llevar a alguna de tus amiguitas al cine.

En aquel entonces no tenía ninguna amigueta. ¿Eso era lo que hacían los muermos? Lo describía como Jim se describía a sí mismo. Y sin embargo conseguía minar su confianza en sí mismo, como podría conseguir cualquier cosa cuando lo veía todo negro. El último descubrimiento de Sarah era Lévi-Strauss.

—Eres un *bricoleur* —continuó, acusándolo por encima de los copos de maíz que insistía en comprar a pesar de las charlas que le daba él sobre los desayunos proteínicos—. Un coleccionista de basura mental. Tu vida está hecha a base de restos. No planeas, no

tienes perspectiva por ti mismo. Posees la mente de un hombre primitivo. —Merriwether pensó vagamente que Lévi-Strauss había desarmado la idea del humano primitivo, pero como conocía las alegrías de dar una perorata, esperó a que terminase—. Está clarísimo por qué no eres un científico importante.

Las mujeres, pensó el doctor Merriwether, habían pasado por momentos difíciles, sobre todo las mujeres que crecieron entre los años veinte y los años sesenta; olían una libertad nueva en el aire, veían que las mujeres jóvenes la disfrutaban, y sin embargo sentían que ellas no estaban preparadas. Aun en el plano académico, a las chicas de Nueva Inglaterra como Sarah se las había educado para ser atractivas y soñadoras. Si estaban casi satisfechas, sentían que no deberían estarlo. Como los nuevos negros de los sesenta —aunque la experiencia de Merriwether al respecto era casi toda de segunda mano—, achacaban todos los dolores a la misma herida conspicua, eran de una u otra manera porque eran mujeres, ser mujer era una desgracia, una desgracia infligida, y quién la infligía sino los hombres, y qué hombre en particular sino el marido, o, al menos, el marido al que una ya no quería, es decir, el hombre que ya no las quería. Esa era la progresión, y las mujeres con inteligencia y educación se dedicaban sobre todo a sufrir, a quejarse, a ser activistas, a cotillear, a odiar y corromper o a liberar a las demás. Merriwether temía por sus hijas. Sarah no se daba cuenta del odio que destilaba su voz, pero la hostilidad se colaba gota a gota en las cabezas de los niños. Pobre Sarah, sí, pero también, sí, maldita Sarah, maldito su egoísmo ciego, maldita su santurronería y maldito su odio.

Fue un verano extraño y liberador para el doctor Merriwether. Pasaba solo la mayor parte del día. Sarah se había llevado a los niños a la casa de verano de sus padres en Duck Isle, en Maine. Él se quedó en Cambridge, vagando por el laboratorio. No estaba casi ninguno de sus amigos. Tres tardes a la semana desempolvaba su licencia médica y realizaba sus quehaceres de doctor para los alumnos del curso de verano en el centro de salud de Holyoke.